

LA CORONA

DE

AZUCENAS

Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in legi peccati, quæ est in membris meis.

SAN PABLO.—*Epist. à los Romanos*, C.VII, V. 23.

Nous avons non seulement des goûts, des inclinations, des sympathies involontaires, mais encore des perceptions obscures, qui nous tournent insensiblement, soit au bien comme la grâce, soit au mal comme la tentation.

J. J. VIREY, *L'art de perfectionner l'homme*.



## LA CORONA DE AZUCENAS.

---

### I.

Le défaut d'exercice est fatal aux enfants.  
BALZAC, *Histoire intellectuelle de Louis Lambert.*

Aux cœurs blessés, l'ombre et le silence.

La surexcitation de l'appareil nerveux devient d'autant plus à redouter, que l'activité musculaire est diminuée par le repos, la méditation et l'isolement.—*J. J. Virey.*—  
De la physiologie dans ses rapports avec la philosophie.

**H**AY criaturas que parecen de propósito echadas al mundo para hacer en él un doloroso aprendizaje; criaturas cuyo dote es el llanto, y cuya esperanza está cifrada en el cielo.

¡Almas llenas de pureza que atraviesan por este valle de lágrimas como las exhalaciones que surcan el cielo en una noche de estío!

¡Flores de un día, que mueren immaculadas, dejando por única memoria un leve pero grato perfume!

¡Diamantes riquísimos con que el Señor adorna su dia-



dema, despues de haberlos probado en el crisol de la desgracia!

¡Ángeles desterrados, que suspiran por la patria amada!  
¡Criaturas predilectas de Dios, á las que él recompensa abreviando el término de su dolorosa peregrinacion sobre la tierra!.....

Soledad era una de estas santas y humildes criaturas, que viven y mueren desconocidas, como la flor que brota entre los peñascos.

¡Era huérfana! Su madre murió al darla á luz, y la pobre niña desde ese momento, cuando todos son colmados de caricias y de cuidados, se halló sola en el mundo, sin mas amparo que el de la Virgen, cuyo nombre llevaba.

Desde tan tierna edad podia ya pronosticarse su belleza; la azucena era ménos blanca, ménos suave que su frente, y sus labios se asemejaban á la encarnada flor del granado.

A esta infantil belleza debió, sin duda, que una de las vecinas de la casa donde nació, la tomara bajo su protección. Mas ¡ay! esto no fué una felicidad para la niña: aquella mujer era de un carácter inculto y áspero como los frutos silvestres; jamas habia tenido hijos, y por lo mismo era incapaz de reemplazar á una madre, á ese ángel de amor y de ternura que Dios ha colocado en las puertas de la vida!

A su lado creció Soledad; pero léjos de ser bulliciosa y juguetona, como todos los niños, era lánguida, silenciosa, tímida..... No lloraba, porque á la anciana que cuidaba de ella, la aburría el llanto; pero aquellas lágrima-

mas que no podian desahogarse por sus ojos, caian sobre su corazon!.....

Aquella mujer queria ver á Soledad siempre quieta; y esta sin poder dar curso á los movimientos espontáneos de su cuerpo, reconcentraba en sí misma todas sus sensaciones, de manera que su sistema nervioso adquiria un desarrollo muy precoz, merced á aquel ejercicio.

Muy niña, muy inocente era aún, para conocer y apreciar toda la extension de su desgracia; pero su frente se inclinaba ya melancólica como una flor carcomida..... tal vez con ese instinto admirable que poseen los niños, presentia una vida de dolores.....

¡Pobre Soledad! para ella, la niñez, esa edad de oro, esa rosa de la vida, no tenia ninguno de sus encantos y placeres.....

A los siete años cayó enferma. ¡Cómo extrañó entonces los asiduos cuidados, los desvelos de una madre!..... La mujer que la cuidaba se iba á su trabajo, y Soledad gemia en su pobre lecho sin que hubiera una mano que limpiara el sudor de su frente, ni una voz amiga que interrumpiese el letal silencio en que yacia.

La desgracia, pesando como una losa de mármol sobre el corazon, hace que el cerebro se desarrolle y madure desde muy temprano. Cuando Soledad se levantó de la cama, hasta la sonrisa huyó de sus labios; desde entonces amó con pasion el silencio; parecióla que en él se olvidaba hasta de sí misma; era que tenia necesidad de entregarse á esos pensamientos vagos que nos arrancan de la tierra, cuando no hay en ella lazos que nos detengan, y nos mecen por el espacio; era que experimentaba en el



pecho un vacío de amor, una sensación indefinible que solamente los huérfanos podrán comprender. Entónces, por un efecto natural, su mirada se volvió apagada y triste.

Pasaba los días sentada en el quicio de la puerta mirando á las niñas de la vecindad reír, jugar, ser felices... veíalas correr hácia el regazo de sus madres, y recibir sus besos, sus caricias; las contemplaba con sus vestidos nuevos, bellas, galanas; seguía con la vista todos sus movimientos; y una sonrisa triste, fugaz, vagaba por sus labios; una de esas sonrisas que revelan toda la amargura de un corazón.

Después de estas crueles contemplaciones, en las que hallaba una especie de punzante fruición, se retiraba cada vez más silenciosa y meditabunda.....

A los nueve años la anciana se propuso educar á Soledad. Enseñóla á barrer el suelo, á hilar, y le infundió sus ideas religiosas. Ideas á las que la moral más pura no habría hallado que tachar, pero que tenían el defecto demasiado común de que para inculcar las cosas abstractas y espirituales, se valían de imágenes materiales.

Entónces las ideas de Soledad sufrieron un cambio completo, y su imaginación hasta allí incierta y vacilante, pareció haber hallado un objeto adonde dirigirse. El cielo, esa mansión de oro y azul, que le había descrito la anciana; ese jardín eternamente florido; esa atmósfera llena de luz; ese lugar de purísimos placeres, en donde sin cesar cantan los ángeles y las vírgenes acompañadas con arpas de celeste armonía, fué el sueño, el delirio, el anhelo constante de la niña. Llegaron á grabarse tan profundamente estas imágenes en su cerebro, que había momentos en que

la niña creía que ese lugar no era desconocido, y que conservaba de él un vago recuerdo.

Desde esos momentos pareció volver la vida á ella; la sangre coloró sus mejillas; sus ojos adquirieron un brillo apacible, y su boca tomó esa forma particular que la imprime la meditación.

¡Pobre niña! á fuerza de entregarse constantemente á esas contemplaciones, hasta el grado de extasiarse, pues nada llamaba su espíritu hácia la tierra; á fuerza de pensar en las recompensas ofrecidas en el otro mundo, á los que han padecido, sin caer en este, se llegó á formar una voluptuosidad de imaginación, cuyos peligros no podía adivinar..... Una imaginación exaltada es malísimo consejero para una doncella, y más en esa edad en que el cuerpo al comenzar á desarrollarse necesita sensaciones.

Con la edad crecían los martirios de Soledad; ¡ya sabía cuán amargo es el pan de la caridad! La anciana, á quien sus enfermedades hacían cada vez más impertinente, reñía con aspereza á la niña y la llamaba *holgazana*..... Su corazón envejecido no podía comprender cuánto mal hacían estas palabras á la huérfana!

El vestido que encubría las formas, cada día más bellas, de Soledad, era muy pobre y dejaba ver su piel de raso..... la niña no envidiaba otro, pero suspiraba al mirarse. ¿Cómo no había de soñar con los placeres y el brillo del cielo?

Tenía trece años cuando en la casa donde vivía hubo un casamiento. Soledad miró al principio con indiferencia, luego con curiosidad, y al fin con mucho interés los preparativos de la boda; se deleitó contemplando los ador-



nos de la novia, y escuchó las conversaciones de algunos concurrentes.....

Por la noche una especie de picante curiosidad la hizo estarse en vela; miró á la novia bella, amorosa, dar el brazo á un gallardo jóven..... Con solo este espectáculo experimentó Soledad una sensacion tan dolorosa como incomprendible, una sensacion tan desagradable como la que se experimenta con un golpe eléctrico. Era una semilla que acababa de caer en su corazon.....

De pronto la música, que daba la señal para el baile, llenó el aire con torrentes de armonía. Soledad se estremeció..... adelantóse como atraída por un encanto magnético..... miró á los novios entrelazados con sus brazos, mecerse á compás como la flor acariciada por el aura..... Los ojos de la huérfana se arrasaron de lágrimas, subió la sangre á sus mejillas, y conmovida, ruborizada, llena de indefinible tristeza, fué á ocultarse, sin saber por qué, entre las ropas de su cama.

Bien pudiera suceder que así como el aura se impregna con el aroma de los campos, así como la atmósfera se carga con la electricidad de las nubes, así el ambiente de un salon se cargara de amor, del amor que exhala en sus miradas, en su voz, en sus ademanes, una pareja feliz.....

Desde aquella noche amó Soledad la música; la buscaba con afan, y cuando por casualidad llegaban á su oido algunos acentos, permanecía largo tiempo fuera de sí. En su imaginacion se habia hecho una mezcla confusa de las cosas de la tierra y las promesas del cielo. Parecíale á la huérfana que la música traducía sus mas íntimas sensaciones, que era la voz de su alma.....

En aquel mismo año murió la anciana que cuidaba de Soledad. La pobre mujer, á pesar de todo, tenia un excelente corazon, al que solo la ignorancia habia esterilizado; durante su vida habia amado á Soledad tanto como puede amar una mujer que no ha tenido hijos, á uno adoptivo; pero al morir quiso reparar su indiferencia; lloró por la suerte de la jóven, temiendo verla expuesta, tan bella, á los peligros de la miseria y del abandono; hablóla nuevamente de la religion, con el entusiasmo y desden terrenal de un moribundo, y concluyó proponiéndola entrar en el convento de Santa C.....en donde tenia una hermana; para persuadirla, pintóle la paz del convento, la solemnidad del culto, la armonía de los cánticos sagrados, el dulce anhelo de las esposas de Cristo.

Escribió una carta la moribunda recomendando á la huérfana á su confesor, y pocas horas despues murió! Entonces conoció Soledad que tambien ella la habia amado. ¡Es tan natural al corazon amar!.....

Al dia siguiente se vendió todo lo que la anciana poseía, que era bien poco, y se compraron cuatro velas de cera. Soledad pasó el dia orando junto al cadáver, mientras las velas se consumian chisporroteando en medio del silencio, único, pero solemne funeral de los pobres!.....

Por la tarde llevaron el cadáver á la última morada, y Soledad, huérfana por segunda vez, sin ninguna afecion ya sobre la tierra, se dejó conducir suspirando al convento.